

VOL. 1 N° 9 FEBRERO 1954

MÁS ALLÁ

A vibrant illustration of a space mission. In the foreground, a large, metallic satellite dish is tilted, with a bright, fiery jet of light and particles emanating from its center. To the right, a rocket with a yellow nose cone and a white body is ascending. Below the rocket, a lunar lander with a yellow dome and a white base is positioned on the surface of a reddish-brown planet, likely the Moon. The background is a dark, star-filled space with several small, colorful planets or moons. The overall style is reminiscent of mid-20th-century science fiction magazine art.

REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 9
FEBRERO 1954
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA (1.ª Parte):

LA ISLA DEL DRAGÓN, por JACK WILLIAMSON
La luz y la sombra del terror surgen de la Nueva Guinea

CUENTOS:

FERTILIZACIÓN SIDERAL, por J. T. M'INTOSH
La tarea más deslumbrante de una heroína apasionada y sencilla

LA AMENAZA INVISIBLE, por RICHARD WILSON
El cansancio, la soledad, la locura del espacio

CUENTOS CORTOS:

PESO FANTASMA, por JACK MAC KENTY
Para ser posible hay que ser, ser, ser y ser

NUEVO EMPLEADO, por DAVE DRYFOOS
Nunca es demasiado tarde para ser joven

NOSTALGIA, por LYN VENABLE
La tragedia de ser alérgico a la Tierra

*EL COSTO DE LA VIDA, por ROBERT SHECKLEY
Las ventas a plazo son inmortales*

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

LA RABDOMANCIA

*CÓMO SERÁ EL MUNDO EN EL AÑO 2054, por
WILLY LEY*

NOVEDADES CÓSMICAS:

*LA CONQUISTA DEL ESPACIO (IX), por WILLY LEY
Cohetes y trayectorias*

ESPACIOTEST

CONTESTANDO A LOS LECTORES

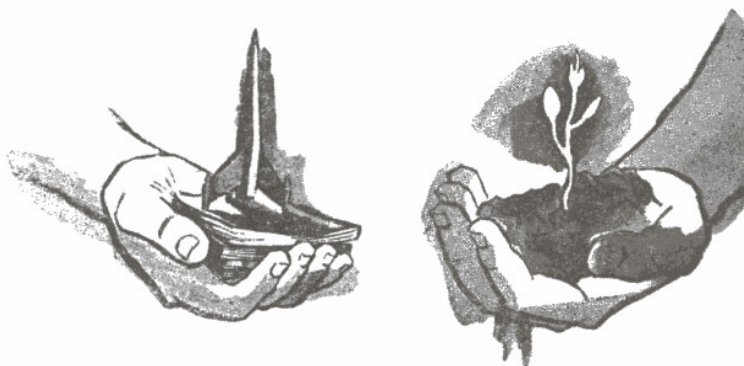
EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Guillermo Roux

Para franquear la barrera de fortalezas elevadas en los satélites artificiales se lanzan los platos voladores en arranques heroicos y desesperados. El dominio del universo es la apuesta de la lucha titánica.

ALCANCEMOS EL PORVENIR



EL destino de la humanidad, según algunos, es morirse de hambre. Hambre en el sentido más cruel de la palabra: falta de alimentos suficientes. El razonamiento de estos pesimistas no es nuevo, y es fácil encontrarle cada día nuevos elementos de apoyo. El argumento se basa principalmente sobre un hecho irrefutable: que la población del mundo aumenta cada año en 25 000 000 de personas (es decir de bocas por alimentar) y que este aumento, naturalmente, será cada vez mayor con el correr del tiempo, de acuerdo con la regla del interés compuesto. Al mismo tiempo, el progreso de la medicina resta a la muerte cada año mayor número de personas (o de bocas), salvando cada vez a mayor número de criaturas recién nacidas, de víctimas de enfermedades contagiosas, de ancianos que ven su vida prolongada más allá de lo que era posible anteriormente. Si esta tendencia no es contrarrestada, un día u otro la raza humana estará hambrienta. Los progresos de la agricultura

son sensacionales, pero a la larga no pueden compensar el desarrollo teóricamente infinito de la demanda de artículos alimenticios.

Hace 150 años, Malthus, impresionado por el mismo problema, llegó a la conclusión de que no existían sino dos posibilidades de salvación para la humanidad: una era el control y la limitación de los nacimientos, y su alternativa, una serie perpetua de guerras, carestías y epidemias, que redujeran el número de hombres, tal como los impuestos reducen el circulante y curan la inflación monetaria.

¿Hay razones para preocuparse en serio de este asunto?

Una persona normalmente superficial diría que no vale la pena afligirse por lo que podrá ocurrir dentro de 500 años. Por supuesto, los intelectuales, los filósofos, los sabios, los economistas, los sociólogos se apresurarían a decir que despreocuparse de un hecho de tamaña gravedad no es digno del hombre, del único ser pensante. Los dinosaurios desaparecieron hace cientos de miles de años, y seguramente no se dieron cuenta de ello; pero los hombres, que no son dinosaurios, tienen el deber de pensar en los medios para evitar su extinción como raza.

A este punto, intervienen los escritores de fantasía científica: para ellos, los problemas del porvenir son tan importantes y tan claramente definidos como los problemas del pasado, ya resueltos por la historia. Y ellos podrían imaginar no una, sino docenas de soluciones al problema que aterra a los pesimistas sabios y a los pesimistas sin imaginación. Los vegetales de producción hidropónica, la creación sintética de los elementos básicos de alimentación, la explotación de la fauna y flora marinas en escala gigantesca, la aceleración del proceso vegetativo hasta obtener una cosecha por mes, la transformación de desiertos en zonas fértiles gracias a perfectos sistemas de control climático, la utilización de la cuenca del río Amazonas como región tri-

guera gracias a la desviación de las aguas hacia el océano Pacífico... ¡Fantástico!, ¿no? Pero hay soluciones aún más «fantásticas»: la emigración de millones de hombres a otros planetas, la transformación del metabolismo humano hasta el punto en que el hombre pueda alimentarse de energía pura, es decir, de luz solar, la importación de productos alimenticios de otros planetas, son ejemplos de lo que puede ser pensado.

Por supuesto, estas soluciones no son realistas; es decir, no lo son hasta el momento. Pero las imposibilidades del pasado son los lugares comunes del presente, y lo mismo sucederá con las aparentes imposibilidades del presente. ¡Dejad que hablen los profetas de calamidades! Hasta Cassandra, de haber sabido que de la ruina de Troya surgiría la gloria de Roma, hubiera muerto menos afligida.



PESO FANTASMA

Por JACK MCKENTY



Ilustrado por Sibley

Las espacionaves no pueden alcanzar las estrellas porque el combustible pesa..., pesa demasiado.

EL despertador del doctor Jaime Brinton ocasionó también aquella mañana su ordinario cataclismo. Pero no se lo podía culpar: el mismo doctor era el creador del ingenioso mecanismo por el cual el reloj no solo hacía sonar dos campanillas de descomunal poder sonoro, sino que encendía las luces, abría la ventana y hacía funcionar el agua caliente de la ducha. Esa mañana el doctor no se felicitó por su ingenio creativo ni recordó en términos de gratitud al mecánico que le había armado la máquina infernal: po-

demos asegurar que todos los antepasados del inocente mecánico, tanto por vía materna como paterna, fueron mencionados de un modo que no les hubiera agradado escuchar.

El interruptor que detenía al reloj pandemónium estaba situado en la pared más alejada de la cama del doctor. Tenía un mecanismo muy complicado, que solo podía manejar con éxito una persona completamente despierta. El doctor Brinton tanteó junto a la cama, buscando sus chinelas. Su mano se deslizó en vano sobre el piso: las malditas zapatillas debían de haberse escondido durante la noche.

No tuvo más remedio que arrastrarse descalzo hasta el baño. Estaba a punto de meterse bajo la ducha, para ver si el agua caliente podía hacer algo contra la jaqueca que le hendía el cerebro, cuando el reloj, persuadido sin duda de que una persona que durante diez minutos podía resistirlo estaba muerta y de que era vano intentar despertarla, se calló repentinamente. Su silencio fue acompañado de las operaciones inversas a las que se habían desencadenado diez minutos antes: las ventanas se cerraron, las luz se apagó..., y la ducha cesó de correr.

El doctor Brinton comenzó a desandar el camino desde el baño hasta el interior de su dormitorio, en busca del interruptor. Cerca de la cama, pisó en la alfombrilla, resbaló y cayó sobre la cama misma. No podemos culparlo; volvió a dormirse y ya no se despertó hasta el mediodía.

Si tenemos en cuenta la «fiestita» a que había asistido la noche anterior, hubiera sido mucho más extraño que apareciese puntual en su oficina: el solo hecho de que se hubiera podido levantar a cualquier hora del día que fuese, hablaba muy en honor tanto de su sentido de la responsabilidad como de su capacidad física. Durante los catorce años de vida que contaba la estación experimental de cohetes, se había celebrado una de estas «fiestitas» cada vez que una prueba final fracasaba. En la primera época, los festejos se redu-

cían a unas cuantas copas de consuelo; pero poco a poco habían evolucionado hasta convertirse en francachelas desbordantes, que dejaban al personal incapacitado para toda actividad útil durante muchos días.

Como director de la sección química, primero, y como director general, después, el doctor Brinton había ocupado denodadamente su puesto en cada una de esas oportunidades. Es pues un valioso testimonio de su capacidad física el que haya estado en su oficina a la una de la tarde. La mayoría de sus colegas o subordinados no estuvieron en condiciones de hacerlo hasta la tarde del día subsiguiente.

LA secretaria del doctor era una de las pocas personas abstemias de la estación experimental, y pudo por lo tanto presentarse a trabajar a la hora normal. Entró en la oficina del químico y se plantó frente a su escritorio, golpeando acusadoramente con su pie el suelo. La expresión de su rostro indicaba sin lugar a dudas su juicio moral sobre las personas capaces de emborracharse en una fiesta: eran para ella moralmente indignas de ocupar toda función directiva.

Al verla frente a sí, el doctor Brinton puso en juego sus últimos arrestos, para hacer ver que estaba alerta y en condiciones de afrontar cualquier problema. Los ojos de su secretaria le revelaron que no había tenido éxito. Bajó, pues, su mirada, admitiendo que tal vez no estuviera en perfectas condiciones en ese preciso momento, pero prometiendo recobrase antes del fin de la jornada.

—Dentro de dos minutos deseará verse muerto. Lea esto.

La secretaria le alargaba una carta. Apenas el doctor posó en esta su mirada, sintió que los cabellos se le erizaban y tuvo que apoyarse en los brazos del sillón para no desplomarse sobre el escritorio.

—¿El senador MacNeill viene de visita oficial aquí? — gritó alarmado y con voz quebrada, pero, aun así, sorprendido de poder oírsele—. Póngame en comunicación con Washington inmediatamente: Audrey, del departamento naval.

La comunicación fue conseguida de inmediato.

—¿Comandante Audrey?... Habla Brinton, de la Estación Experimental. ¿De veras que el senador MacNeill viene de visita? ¡Deténgalo!... Sí, ya lo sé; si viene hoy, estamos perdidos. Ayer hicimos una pequeña fiesta, y si llega hoy, nos corta las asignaciones y nos deja en la calle... Bueno, haga el favor de intentarlo. Voy a prepararle un programa de visitas; pero estaría mucho más tranquilo si no viniese... Gracias. Avíseme lo que resuelva.

El doctor garrapateó un memorándum en su agenda y lo alargó a su secretaria.

—Comunique inmediatamente todo esto a los jefes de sección. Llame al intendente y avísele que saque todas las decoraciones del comedor, que lo limpie bien y que ordene un buen almuerzo para mañana. Avísele a Harry que organice un programa de visita a los laboratorios; que los muchachos preparen todos los experimentos decorativos que conozcan y que todas las máquinas espectaculares estén funcionando cuando llegue el senador. Yo voy al departamento de combustibles.

El doctor Féber, jefe del departamento de combustibles, salió al encuentro del doctor Brinton, a la puerta del edificio.

—Acabo de recibir su memorándum. ¿Es cierto que viene el senador? ¿Otra vez con el propósito de disminuirnos las asignaciones?

—Temo que sus intenciones sean peores todavía.

—Pero ¿en qué piensa ese hombre? ¿Se creará que es su dinero el que gastamos en vez del dinero de la nación? ¿Creará que el trabajo nuclear se puede llevar a cabo con los mismos gastos que una lechería?

—No le interesa el trabajo nuclear. Dicen que aprendió a firmar cuando fue elegido senador. Quiere hacerse popular reduciendo los gastos y no le importa lo que podamos conseguir. Pero no hablemos de eso. ¿Qué experimento impresionante podemos preparar para mañana, cuando venga a ver el pabellón?

—Tenemos dos muestras del nuevo combustible, que podríamos emplear en el trineo de prueba. Si trabajamos toda la noche, tal vez consigamos despabilar al sargento para que lo maneje, aunque lo dudo mucho, porque, hace dos horas, apenas respiraba.

—Despiértelo, aunque lo tengamos que enterrar después del ensayo. Yo me voy a dormir para estar mañana en condiciones.

EL doctor Brinton se consideraba un hombre metódico: todas las mañanas tomaba tostadas con manteca y dulce, en el desayuno; todas las tardes ingería dos píldoras de vitaminas, y su sueño duraba exactamente ocho horas. Precisamente esta costumbre fue la que hizo que se levantara a media noche, después de intentar en vano conciliar el sueño. Se había acostado a las cuatro de la tarde, y un hábito bien asimilado es muy difícil de dejar de un día para otro. A las once y media de la noche se despertó puntualmente y no pudo volver a conciliar el sueño. Primero creyó que era ya de mañana, pero una mirada a su superreloj lo convenció de lo contrario. Volvió a reclinar la cabeza. El sueño no vino. Se dio vuelta una y otra vez, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha: en vano. Contó hasta

mil trescientos. Seguía tan lúcido como antes. Entonces una feliz idea cruzó como un relámpago por su mente: haría una visita a la heladera.

CUANDO entró en la cocina, descubrió que su primogénito, Erik, se le había adelantado. En ese momento estaba llenando la mesa de la cocina con manteca, mermelada, fruta, milanesas, mostaza, ensalada de tomates, pastel y todos los otros «combustibles» necesarios para que un muchacho de dieciséis años funcione con máxima eficacia.

Una pila de libros, en uno de los costados de la mesa, indicaba que el joven había prolongado su estudio hasta bien avanzada la noche. El doctor Brinton se sintió ateneado por dos sentimientos opuestos: el orgullo de que su vástago tomase en serio sus obligaciones y el terror por la propia subsistencia, vista la prolija requisa de comestibles llevada a cabo por el joven. Lleno de desaliento abrió la heladera, sin esperanza alguna. Afortunadamente, en un rincón quedaba un plato con costillas de cerdo, que no se sabe por qué azar habían escapado a las escrutadoras miradas de Erik. El doctor lo tomó y se acercó con él a la mesa.

—Hoy he tenido un disgusto —comentó entre bocado y bocado.

—¿Sí? —respondió Erik, temeroso de que su padre ya hubiera recibido el boletín de clasificaciones.

—Me han avisado unos amigos que el senador MacNeill llega mañana de inspección. No; llega hoy —corrigió, recordando que ya era más de medianoche.

—¡Oh!

Este «¡oh!» de Erik fue un suspiro de alivio. Gracias a Dios, todavía no habían llegado los boletines.

—No digas «¡oh!»». Después de esta visita, es probable que nos ajusten todavía más el presupuesto, y no nos quedará nada que hacer aquí. Con las asignaciones que tene-

mos en la actualidad, solo podemos atender el departamento de combustibles; si nos las reducen todavía más, tendremos que cerrar y marcharnos a buscar otro trabajo.

Se levantó, tiró el hueso de la costilla en el tacho de los desperdicios, se lavó las manos en la pileta y volvió a sentirse nuevamente.

—Y espérate que se entere de los cuatro cohetes que están tomando el fresco en la Luna, esperando que vayamos a buscarlos. Me parece oírlo vociferar: «Cinco millones de dólares cada uno, y todos llenos de material valiosísimo, incluso nuclear». Cuando se entere, estamos perdidos.

—¿Por qué —sugirió Erik— no le haces el cuento de siempre, sobre lo peligroso que sería que los rusos llegaran antes que nosotros a la Luna y echaran mano del material que hemos enviado allí con los cuatro cohetes?

—¡Hum!... —respondió su padre pensativamente—. Nos responderá que ese no es motivo para gastar más dinero del que hemos derrochado. No; la única esperanza es que el almuerzo le siente bien, y se ponga un poco más tratable. Bueno, es demasiado tarde para charlar; vamos a la cama.

Padre e hijo se separaron. Solo Erik fue a acostarse. Su padre se dirigió al escritorio, se sentó, encendió la pipa y dedicó el resto de la noche a la lectura. El libro elegido fue: *Cómo ganar amigos e influir en los demás*.

A la tarde del día siguiente, el doctor Brinton meditaba seriamente si se limitaría a poner fin a su vida, o se haría acompañar a la tumba por el senador. Este había contemplado con absoluta indiferencia todas las espectaculares demostraciones que se le habían preparado, escuchó distraídamente las explicaciones técnicas y se limitó a preguntar en cada caso cuánto costaba cada experimento. El almuerzo había resultado mejor: el senador devoró plato

tras plato, pero dedicó la sobremesa a inspeccionar los recipientes de residuos, para ver si el cocinero desperdiciaba o no la comida. La visita a los laboratorios no había tenido mejor éxito. El senador no prestó la menor atención a las experiencias y se limitó a informarse de los sueldos que ganaban los empleados. A su juicio, por lo menos la mitad de ellos estaban de más.

Ahora el doctor Brinton se encontraba sentado en el asiento posterior de un *jeep*, tratando de explicar al senador que los cohetes nucleares no eran del todo eficientes y que el blindaje necesario para proteger a los pilotos les impedía alcanzar velocidades superiores. El senador solo escuchó una palabra, que anotó en su agenda. Ni que decir tiene que la palabra fue: «ineficientes».

Uno de los altoparlantes distribuidos de trecho en trecho, a los costados del camino, vino a interrumpir las explicaciones del doctor Brinton.

—Veinticinco; veinticinco —gritaba el locutor—. Cinco y nueve, dieciocho; cinco y nueve, dieciocho. Setenta y tres, diez, ocho.

El conductor, que había amenguado la velocidad del *jeep* para escuchar el anuncio, viró bruscamente y picó a gran velocidad en dirección contraria.

—¿Qué sucede, por amor de Dios? —preguntó el senador, mientras se asía con todas sus fuerzas a la carrocería para no ser expulsado del *jeep*.

—Veinticinco significa alarma —le explicó a voz en cuello, para hacerse oír, el doctor Brinton—. Cinco y nueve significa fuego y explosión en el departamento de combustibles, cuyo signo es dieciocho. Setenta y tres es mi señal; diez, ocho significa que me necesitan allí con toda urgencia.